

CANCIONERO DE PUERTAMONEDA

POR

VICTORIANO CREMER

Victoriano Crémer acaba de ganar en Barcelona el Premio Boscán de Poesía, con sus *Nuevos cantos de vida y esperanza*. Alentador infatigable de la revista *España*, Crémer marca desde sus primeros libros, hasta este *Cancionero de Puertamoneda*, un constante proceso de enriquecimiento y depuración, que le ha convertido justamente en uno de los puntales más firmes de la nueva lírica española.

PROLOGO

*Así como la humilde hierba brota
afilándose el talle
en la perdida senda; así la arena,
relumbrante de sol, lúbrica yace
hasta el alba o el ancho mar exhala
sus recónditos ayes,
mi canto fluye, ajeno al ser que soy, que entre los
hombres vive.
Mi canto es como el aire.
Abridle el corazón
como se abre
un fruto, con sed de su cogollo,
y miradle...
Ciegamente, perseguidos por lunas sin virtud, des-
amparadas,
en las esquinas del cielo, pisoteáis su carne.*

*Y os veis sólo las manos de pena y mordeduras,
el cabello flotante,
el pecho como un campo sin lluvia,
o la vieja hoguera de la sangre.*

*Tal vez paséis el puente viejo,
en esa hora de la tarde
en que el sol agiganta los confines.
(Hay un temblor antiguo entre los árboles,
cual si el pavor del mundo se encrespaba
en los agudos mástiles.
El aire es frío, como una estrella sola
en la soledad del campo.*

*Sueltos los ramales,
el río se desboca entre las piedras
con un crujiente gozo de cristales.
La ciudad, lejana, es un navío entre brumas,
con delfines y lunas escoltándole.)
En él está mi canto: himno del mundo humilde.
Pero no podéis verle, porque tenéis el alma tirante
como una cierva huída;
porque os punzan los ojos como puñales;
porque os pesa y os duele el corazón de tenerle;
porque estáis ciegos y secos como cardos o como ne-
gros ángeles.
Cruzáis el puente
—así el dormido arriero sobre viejas corambres—
azuzando las mulas del entresueño
con las trallas del aire...
Si os sorprende la noche
en los turbios andenes que no pasea nadie;
que son como los pozos del sueño,
y sucede que, lejos, extraños duendes blanden
frenéticas cadenas,
pensáis tan sólo en pechos rotos entre topes, en con-
vokes formándose*

*con vagones de paja, de carbón o nitratos;
en el trabajo oscuro y miserable.*

*(Y son también la promesa en vigilia
del alma del paisaje:*

los surcos sucediéndose;

el resplandor brillante

de los pueblos de cal, mudos, yacentes

entre lenguas de ríos soñolientos.)

*Pasan ante vosotros los gigantescos haces
del sol rendido, del crujiente sol de agosto
en barras de oro.*

(Y veis tan sólo panes.)

Y la violenta sangre de las vides;

y el carbón de las minas, como duros corales,

contra los que seres de roca y de tristeza mueren,

rasgándose las carnes.

(Y ello sólo os recuerda

el calor del hogar o un nombre grave

de razón social.)

Pero mi canto está en las cosas

*que os hieren: en la rueda, en la espiga, en los dor-
midos mármoles;*

*mi canto fluye, ajeno al ser que soy, que entre los
hombres vive;*

purpúreo amor que se abre

en un mundo de nieblas,

coronándole.

Yo os canto aquí a vosotros, mis amigos.

Hombres de mi linaje:

albañiles, mineros, labradores;

huéspedes de las sombras.

*Mi canto está en vosotros; en el ronquido de vues-
tros pechos, rajándose.*

*o en los oscuros sótanos
donde los dientes brillan como sables.
La verdad de mi canto
es como la luz y el aire...*

P U E R T A M O N E D A

Para Enrique Casamayor.

*La salvación te viene de lo que inventas. Eres
distinta cada instante y siempre tú, segura.
Calle de las orillas, del límite, del barro;
endurecida calle del vino y la guitarra.*

*Cuando, asaltada de oros en la tarde, defiendes
tu crudeza nocturna, tu desnudez de bronce,
el fuerte olor a hombre que en lo oculto te nace,
te ciñe como anillo de pena, pero existes.*

*Existes duramente, sonoramente existes,
arquitectura humana que, musical, extiendes
tu gran voz de esmeralda, jubilosa y futura,
más allá de los mármoles.*

PAISAJE AL FONDO

Para Alfonso Moreno.

*El sol es lento; boga, desafía
enjambres ascendidos; la llanura
despoblada resuelve su aventura
ociosa en resonante lejanía.*

*Octubre amarillea y se desprende
de sus lentos racimos.*

*¡Qué desnuda
la tierra inevitable y con qué muda
fatalidad su soledad enciende!*

*Un aire malva, empavonado, enfría
los últimos resortes de la altura
y en hielo omnipotente transfigura
la indecisión lunar de su agonía.*

N O C T U R N O

A Leopoldo Panero.

No sé cómo llegué hasta aquí.

*Bajaba
por la calle; brillaban las estrellas
y yo sentía solamente la honda
noche a mis espaldas.*

*Era
como un pequeño dios abriendo auroras
en aquel apretado corazón, tan lleno
de soledad.*

*Desde las breves crestas
que, a lo lejos, la calle recortaba,
venía el viento, silencioso y frío,
haciendo de cristal la noche, abriendo
con sus púas de hielo frescos tajos
en el barro azulado de las casas.*

*Todo como entrevisto desde el sueño.
La misma madrugada parecía
como suspensa en mí; velando el eco
confuso de mis pasos.*

*Yo, tan solo,
en el largo silencio de la calle,
atendía al apremio de las cosas
dándoles nombre, gravedad y norma.*

*Avanzaba entre muertos. Todo estaba
sin hacer todavía.*

*(El hombre duerme
y los cielos aun son duda y frío;
algo que el alba reconquista.)*

*Ahora,
mientras yo bajo por la calle, siguen
tristemente dormidos.*

*(Muertos cálidos
en el fondo de cal de las alcobas.)*

*Lloro por ellos, como el hombre llora
si ha saltado del barco que se hunde
y en la playa se ve solo, pisando
mil muertes silenciosas en la arena.*

*No sé cómo llegué hasta aquí. Bajaba
por la calle; brillaban las estrellas...
Y estoy solo también bajo las bóvedas
de piedra y de silencio, que devuelven
el trémulo sonido de mi voz.*

*Un Cristo negro, con la sangre seca
brillándole en las sienes, casi vivo
en la fría agonía de las flores,
se oculta a la mirada. Yo le digo
en la alegría de encontrarme a solas
con un amigo que ha sufrido y sabe
cuánto cuesta ser hombre. Le hablo. Suenan
las palabras tan puras, que el recinto
es una gran campana:*

—Te doy gracias
porque me has hecho como soy. No tengo
por qué pedirte cuentas, sino ayuda.
Todo lo que me diste lo he gastado;
hasta el odio. Me queda solamente
un poco de amor y no sé donde echarlo.

MADRIGAL DE PAZ

Para Luis Rosales, ahora ya
en su casa encendida, y
para su esposa.

*Por esta paz, esposa, que te ofrezco,
ya madura en la sangre, hecha corteza,
qué paciente tributo de tristeza
pagué día por día...*

*No merezco
tanto dolor.*

*(El hombre, entre las manos
a veces tiene un corazón y quiere
morir con él intacto. Pero muere
lleno de soledad.)*

*Ecos lejanos
traen mi voz antigua de metales;
mi fría voz de hielos transparentes.
Que hasta tu nombre, esposa, fué en mis dientes
tallo de amargas hieles minerales...*

*Pero todo es ya campo sin orillas,
lleno de paz. El sol se transfigura
en la ceniza gris de esta clausura
y abandona sus llamas amarillas.*

Ya soy para ti, esposa, como un viento

*que humildemente llega y se deshace
contra tus ojos; un agua que renace
entre tus piedras, sin color ni acento.*

*No es posible dar más de lo que he dado
para llenar el pozo a que me asomo.
El pan que yo te traigo; el pan que como
tiene sabor de trigo macerado.*

*Trigo soy con sustancias. Pan en duelo
para el desconocido.*

*(El hombre quiere
gritar amor a veces, pero muere
en el silencio.*

*En tanto el alto cielo
se llena de esta paz, esposa; de esta
consagración definitiva.)*

*Toma
mi paz de sangre.*

*Goce mi paloma
del esplendor caliente de su fiesta.*

E L M A R

*Allí reverberando,
sin tiempo, el mar existe...*

V. ALEXANDRE.

*Amé tu soledad; tu lejanía
sin cesar renaciendo, de ola en ola,
con la pompa de un brote insospechado
que transforma y redime lo evidente.*

*Amé tu adolescencia de manzana
mordida: tu acrecentado límite
que la aurora levanta; la ancha herida
del sol, que te sortea, derramándose.*

*Amé tu augusta plenitud: tu largo
y estremecido aliento; tu resuelta
razón de vida bajo el cielo, cuando
eras tú—mar profundo—cielo sólo.*

*Abrazado a la fresca arquitectura
de tu brisa radiante, pecho a pecho,
sentí tu carne joven resbalando
por los arroyos tibios de la sangre.*

*Tu sorpresa, tu abrazo silencioso,
dejaba hebras serenas en mi frente
(como la escarcha verde del abeto):
llenas también de música y cristales.*

*Humildemente te esperaba. Entrabas
dentro de mí furtivo, pero hermoso,
y me colmaba de tu voz, tendido
tal una caracola resonante.*

*Te tenía en las manos, todo entero,
como un ser vivo: resbalabas, ibas
dejando entre mis aguas, como un sauce,
tus fugitivas ramas, resignado.*

*Tenías el sabor—si te besaba—
de la encina, y olías como un bosque
con lluvia.*

*(Sólo un pájaro desnudo
dentro del corazón.) Y, arriba, el agua.*

*Arriba, sólo tú. Oh mar insomne:
alertado vigía de ti mismo...
(Herido por tu huella, el aire busca
tu amoroso latido entre las rocas.)*

*

*Hoy, que estoy lejos de la rosa ardiente
de tus espumas, de tu luz eterna;
y es un cadáver rescatado en vano
mi naufragio lejano entre tus ondas.*

*Hoy, que soy hombre solo, que no tengo
mar que me ciña, que me envuelva; brisa
que me corone con su verde pámpano,
ni arena para el árbol de la sangre,*

*vuelvo a tu amor, oh mar de mi recuerdo;
a tu pureza juvenil, al claro
misterio de tu luz, creada a tientas,
a brazadas de un Dios sin tiempo, eterno.*

Victoriano Crémer
Puertamoneda, 10
LEÓN (España)